

Mesa 4. Partidos políticos

Autor

Francisco Reveles Vázquez

Título de la ponencia

El Partido Acción Nacional y sus presidentes de la República: liderazgos y corrientes durante la gestión gubernamental 2000-2012

Resumen de la ponencia

El Partido Acción Nacional conquistó la presidencia de la República en 2000 y 2012. Es necesario evaluar las consecuencias de este fenómeno al interior de la organización, principalmente respecto de la dinámica de las corrientes. Como es evidente, la influencia del presidente de la República y de sus principales seguidores fue sustancial, principalmente en la renovación de dirigentes y en la reformulación de las reglas que regulan sus procesos internos de toma de decisiones. Todo ello dio lugar a modificaciones en la composición del núcleo dirigente, el cual finalmente debió asumir la derrota del partido en los comicios presidenciales más recientes.

Es preciso revisar los cambios en la conformación de las corrientes, tomando en cuenta los espacios o figuras de poder formales (dirigentes nacionales o locales, coordinadores parlamentarios) e informales (presidente de la República, gobernadores, líderes históricos) en un partido con una experiencia gubernamental de 12 años. Existe la suposición de que el acceso al poder desvirtuó los intereses de militantes y dirigentes panistas. Es necesario comprobar esa idea, considerando los principales conflictos entre las corrientes, conflictos que no únicamente han ocurrido en la relación entre la dirigencia del partido y el presidente de la república, sino entre diferentes liderazgos internos y por motivos de diversa índole.

**El Partido Acción Nacional y sus presidentes de la República:
liderazgos y corrientes durante la gestión gubernamental 2000-
2012**

Francisco Reveles Vázquez

Introducción

El Partido Acción Nacional conquistó la presidencia de la República en 2000 y 2012. Es necesario evaluar las consecuencias de este fenómeno al interior de la organización, principalmente respecto de la dinámica de las corrientes. Como es evidente, la influencia del presidente de la República y de sus principales seguidores fue sustancial, principalmente en la renovación de dirigentes y en la reformulación de las reglas que regulan sus procesos internos de toma de decisiones. Todo ello dio lugar a modificaciones en la composición del núcleo dirigente, el cual finalmente debió asumir la derrota del partido en los comicios presidenciales más recientes.

Es preciso revisar los cambios en la conformación de las corrientes, tomando en cuenta los espacios o figuras de poder formales (dirigentes nacionales o locales, coordinadores parlamentarios) e informales (presidente de la República, gobernadores, líderes históricos) en un partido con una experiencia gubernamental de 12 años. Existe la suposición de que el acceso al poder desvirtuó los intereses de militantes y dirigentes panistas. Es necesario comprobar esa idea, considerando los principales conflictos entre las corrientes, conflictos que no únicamente han ocurrido en

la relación entre la dirigencia del partido y el presidente de la república, sino entre diferentes liderazgos internos y por motivos de diversa índole.

El PAN tras el acceso al gobierno

La coalición dominante panista sufrió un cambio trascendental con la conquista del gobierno en el año 2000. De tener una dirigencia integrada por dirigentes formales y líderes de corrientes y clanes, su conformación pasó a basarse en los líderes del partido, los coordinadores parlamentarios federales y el presidente de la República. Este era un esquema de fuerzas inédito, no sólo porque el partido careciera de la presidencia, sino porque los líderes parlamentarios generalmente habían estado supeditados al presidente nacional del Comité Ejecutivo Nacional (CEN).

Desde el principio del sexenio destacados panistas fueron integrados al partido, aunque no con un papel tan decisivo como los cuadros más cercanos al presidente. En efecto, los espacios de mayor peso fueron otorgados a personalidades más leales a Fox que al PAN. Esto cambiaría en la segunda mitad del sexenio. Las estrategias electorales y mediáticas (tan apreciadas por el “gobierno de la alternancia”) son evidencia de una estrecha relación entre el presidente y el partido, en la búsqueda de ratificar su presencia en los comicios de 2006.

Un factor externo fortaleció tales relaciones en la recta final del sexenio: la confrontación con el principal aspirante a sucederle en el cargo, el perredista y a la sazón Jefe de Gobierno del DF, Andrés Manuel López Obrador. La disputa alcanzó una gran magnitud, en buena medida debido a las estrategias de movilización del perredismo para evitar la eliminación política de su líder.

Más allá de las vicisitudes de este conflicto, lo que conviene tener presente es que la coalición dominante panista se cohesionó en torno al presidente. La estrategia contra el político perredista fue concebida e instrumentada por integrantes del gobierno y por líderes del partido. Todos los panistas la sostuvieron, la avalaron y, dentro de sus atribuciones, la instrumentaron. Al final habrían de recular, con un resultado inesperado y

negativo. La derrota política corrió a cargo de todos los involucrados, no sólo del presidente Fox. No obstante, el panismo se recuperó ganando la elección presidencial por segunda ocasión, gracias a un buen candidato, al conjunto de estrategias mediáticas que incluyeron guerra sucia y al apoyo de importantes grupos de interés.

La relación entre el presidente y el partido se modificó significativamente en el sexenio siguiente, ya con Felipe Calderón como nuevo titular del poder ejecutivo. Calderón fue, en efecto, más panista que Fox y, al mismo tiempo, resultó más “calderonista”: estableció como directriz una estrecha relación entre el partido y el gobierno, dándole más peso a los funcionarios públicos en la estructura de poder. Así, los principales órganos formales de dirección como la Asamblea Nacional, el Consejo Nacional e incluso el Comité Ejecutivo Nacional tuvieron entre sus filas a panistas con cargos de gobierno que en no pocas ocasiones inclinaron las decisiones a favor del punto de vista del presidente. Fuese en cuestiones internas o en cuanto a la relación con el gobierno, el calderonismo se encumbró como la corriente hegemónica.

En un régimen político presidencial este es un fenómeno natural. Lo importante es la particularidad en el caso del PAN en el sexenio 2006-2012. El calderonismo le dio un nuevo esquema a la relación entre dirigentes del partido, dirigentes legislativos y funcionarios públicos. Si en el sexenio anterior la balanza se había inclinado a favor de los coordinadores parlamentarios, en el periodo del presidente Calderón se trasladó del lado de los funcionarios públicos afines al presidente. Ni el líder del CEN ni los coordinadores de los grupos parlamentarios fueron obstáculo para el desarrollo de las iniciativas del presidente. La disidencia estuvo al margen de los principales espacios de poder partidista. Incluso la coalición dominante pudo deshacerse de uno de los cuadros más importantes del partido a finales del sexenio. Manuel Espino, otrora líder nacional, fue expulsado por manifestar públicamente sus diferencias con el presidente en cuanto a la relación con el partido y la negociación preferencial con el PRI en el congreso y por cuestionar la línea colaboracionista con gobiernos no panistas de parte de ciertas dirigencias locales.

Desde el periodo de Espino como líder nacional, en los medios de comunicación se manejó la versión de que la corriente detrás de panismo en

el poder era la identificada como Yunque: una organización de ultraderecha, conservadora, clandestina, con cuadros fuertemente disciplinados y con ideología confesional. Ninguno de los máximos líderes del partido reconoció la presencia encubierta de tal corriente, aunque varios aceptaron convivir con posturas, líderes y militantes panistas con esos rasgos distintivos. Calderón Hinojosa se desmarcó de tal perfil y de hecho se convirtió en la cabeza visible de una corriente neoconservadora, moderada, pragmática, débilmente demócrata cristiana y enteramente electoral. Al asumir el liderazgo real de la organización, ya siendo presidente, hizo lo conducente para desplazar a aquellos que no coincidían con sus puntos de vista ni con sus modos de hacer política (incluyendo a los “yunquistas”). No por considerar a la ultra derecha como dañina sino simplemente por un comportamiento natural de quien desea controlar la toma de decisiones en un partido, sobre todo en un partido gobernante.

La conformación de una coalición dominante con predominio de cuadros afines a Calderón fue una novedad en la dinámica partidista. Era un núcleo dirigente cerrado con cuadros jóvenes, con una fuerte formación académica y con cercanía al presidente. Su trayectoria partidista era, en general, escasa. Cuando la hubo, se ubicó más en la parte de trabajo ideológico o de asesoría y no en el terreno de la acción electoral o de tareas parlamentarias. Hubo cuadros provenientes del foxismo, ninguno con influencia determinante en la toma de decisiones. En todo caso para nada comparable con la del presidente de la República.

La coalición dominante del PAN: organización y funcionamiento

Los rasgos distintivos de la coalición dominante panista a partir de su acceso al poder son:

1. Una conformación en la cual los cargos de gobierno adquieren un peso indiscutible. A los líderes de la estructura se agregan, con fuerza propia, los líderes parlamentarios de ambas cámaras, el presidente de la República y gobernantes cercanos al mismo. Los gobernadores carecen de la fuerza suficiente para ser partícipes de la toma de decisiones, y su participación en la coalición es intermitente.

2. Hay una coalición unida a lo largo de casi dos sexenios. Ninguna renovación de dirigencias ha provocado problemas de gran relevancia, como tampoco la disidencia ha generado un movimiento capaz de reordenar el mapa de poder interno. La división de tareas de acuerdo con su espacio de acción garantiza el funcionamiento regular del partido, sin conflictos de importancia.
3. El grado de cohesión en la dirigencia panista es elevado en el plano nacional. Hubo diferencias entre las corrientes a principios del sexenio foxista, pero pronto se resolvieron a favor del establecimiento de una línea política común. Los panistas tienen sus divergencias pero continúan siendo cautos con la manifestación pública de las mismas. Esto representa una limitación a su libertad de expresión, aunque en lo interno asegure un mayor grado de cohesión.
4. El fundamento de la cohesión y unidad de la dirigencia panista se basa más en la conquista y conservación de espacios de poder que en principios ideológicos de viejo o nuevo cuño.
5. El perfil ideológico del núcleo dirigente se ha difuminado debido a las complicaciones para poder negociar y hacer avanzar políticas públicas o iniciativas de ley genuinamente panistas. El pragmatismo es más claro y hasta cierto punto necesario en la acción panista, aunque no debería ser así en el caso de los dirigentes del partido e incluso de los legisladores.

La distribución de los espacios de poder dio cuenta del predominio de los liderazgos afines al presidente, de manera más clara en el caso del periodo 2006-2012. Los secretarios de estado más importantes, los coordinadores de diputados y senadores, el presidente del CEN, el secretario de elecciones y el encargado del financiamiento constituyen figuras claves en razón de su ubicación política. Los secretarios y coordinadores, por su papel en la intermediación y negociación con el resto de los partidos. Los líderes del aparato partidista, por la puesta en marcha de acuerdos y el impulso y concreción de estrategias para obtener el voto. Algunos liderazgos pesaron mucho más debido a su protagonismo mediático, pero eran cabezas de corrientes o bien no siempre tenían en sus manos la toma de decisiones (por ejemplo el senador Javier Corral). A menudo esto provocó

problemas internos debido a que el panismo tardaba en construir una sola postura, por ejemplo, en relación con el desafuero de López Obrador, con la píldora del día siguiente, en cuanto a la reforma energética o a la relación entre el presidente y el PRI.

Los gobernadores no han tenido un peso sustancial en la acción política panista; ni antes ni después de la alternancia en el gobierno federal. Ciertamente algunos aprovecharon su paso por los gobiernos locales para luego ocupar un espacio en el gobierno federal, pero eso no les dio un lugar en la coalición dominante. De hecho quienes lo buscaron tuvieron que hacerlo mediante los procesos formales de renovación de dirigentes.

La situación de los ejecutivos locales se explica en buena medida debido a, en algunos casos, el distanciamiento con el partido. Hay cuadros que no pertenecían al PAN y otros que recién habían llegado a la organización. Simplemente aprovecharon la estructura de oportunidades que facilita el paso de nuevos militantes, si hay cercanía con líderes de probada fuerza.¹ Pero no constituyeron ni un grupo político propio, ni una fuerte influencia en la dinámica interna en el plano nacional. En el plano local el resultado fue una pugna constante debido a la proliferación de corrientes y la irrupción de “liderazgos” sin lealtad a la organización. Los bastiones panistas siguen siendo limitados, y sus dirigentes locales no parecen demasiado preocupados por intervenir en la dinámica del partido en el plano nacional. Tal estrategia podría ser conveniente para ratificar la presencia panista en Guanajuato o Nuevo León, por ejemplo, pero es a todas luces insuficiente para hacer del PAN un partido nacional.

Los procesos de renovación de dirigentes

El funcionamiento normal del panismo se basaba en mecanismos de democracia indirecta. Desde nuestro punto de vista, tal comportamiento tenía un sustento ideológico y no necesariamente expresaba única y exclusivamente la ambición política de los líderes. Como partido conservador, Acción Nacional apreciaba las jerarquías, el elitismo, el orden, la tradición y el personalismo. Salvo en coyunturas electorales, se mostraba

¹ El caso emblemático es Luis Armando Reynoso, gobernador de Aguascalientes.

poco preocupado por el incremento masivo de su militancia, por realizar eventos proselitistas movilizadores o por allegarse apoyos y activismo de organizaciones sociales. Lo que predominaba en el PAN era la participación individual, la experiencia política y, en ocasiones, el estatus socioeconómico de los cuadros. Todo ello era bien valorado por el panismo en general. El peso de los líderes locales, no necesariamente de los gobernadores, era importante porque de ellos dependía la participación en instancias de toma de decisiones como el Consejo Nacional. Pero los líderes locales no sólo requerían de arraigo y trabajo político en sus regiones; en los últimos años pesaron también sus vínculos con el presidente de la República y con los dirigentes nacionales.

Para la renovación de la dirigencia nacional, tradicionalmente el partido usaba un método indirecto: era el Consejo Nacional el que se encargaba de elegir al presidente, al secretario general y a los integrantes del CEN (una parte a propuesta del propio presidente). El consejo estaba integrado por alrededor de 350 militantes, electos en la Asamblea Nacional. Los propios panistas los llamaban “notables”, dando a entender que los consejeros nacionales lo eran por cualidades “extraordinarias” tales como: trayectoria, antigüedad, experiencia. Pero la novedad es que ahora, especialmente a partir del sexenio de Calderón, los consejeros también debían su nombramiento a su condición como gobernantes, cercanos al presidente de la República. Este cambio afectó el comportamiento de los consejeros, quienes ya no decidían en exclusiva a partir de la razón, sino también considerando el interés (individual o de grupo). Ello no significa que en el pasado no se condujeran de ese modo; más bien ahora es evidente que la ambición política tiene mayor florecimiento. Hoy los consejeros no son *notables* exclusivamente: son representantes de corrientes que toman decisiones políticas. Esto implica el debilitamiento de tradiciones de mucho tiempo para cualquier miembro del PAN.

En tiempos del presidente Fox hubo dos procesos de elección de dirigentes: Luis Felipe Bravo Mena se reeligió en la primera ocasión dándole continuidad a una línea en la cual prevaleció la lealtad al presidente. Bravo Mena mantuvo un bajo perfil, pues los coordinadores parlamentarios despuntaron y le sacaron ventaja debido a la condición de gobierno dividido que resultó de la conformación del congreso a partir de los comicios de

2000. Felipe Calderón y Diego Fernández de Cevallos fueron los dirigentes con más presencia en los medios, y al mismo tiempo, más influyentes en la toma de decisiones.

Culminado el segundo periodo de Bravo Mena, un cuadro con perfil semejante al del presidente Fox, Manuel Espino, ganó la presidencia nacional del CEN sin muchas dificultades. Desarrolló una estrategia más activa, más incisiva hacia los partidos de oposición y más autónoma frente al gobierno. Eso no impidió que expresara su respaldo a las políticas del presidente. Le tocó la selección de candidato presidencial, proceso en el cual jugó un papel que casi paralelamente le impediría conseguir la reelección.

Las diferencias entre Espino y Felipe Calderón permanecieron latentes hasta el segundo triunfo nacional del PAN en el 2006. La influencia de Calderón como presidente de la República pronto se advirtió en la conformación del Consejo Nacional y de manera contundente en la elección de Germán Martínez Cázares como nuevo jefe del CEN. Adoptando un comportamiento extraño a la tradición panista, los calderonistas trataron de echar a Espino de la presidencia del CEN antes de que culminara su trienio. Propusieron modificar reglas escritas y no escritas tratando de cobrar la factura a Espino en el proceso interno de selección de candidatos. Por fortuna, la templanza y moderación de los líderes de mayor antigüedad (como Luis H. Álvarez y María Elena Álvarez de Vicencio) echaron por la borda los intentos de defenestración anticipada.

Con Martínez comenzó en 2007 un periodo de estrecha cercanía entre partido y gobierno. Las directrices del presidente fueron seguidas al pie de la letra por la dirigencia: un conjunto de dirigentes jóvenes, con formación profesional y con una identidad ideológica difusa pero con una lealtad hacia Calderón a toda prueba. El núcleo dirigente se cerró a las propuestas y participación de otros liderazgos. Así ocurrió con Germán Martínez y con su sucesor, César Nava. Ambos pasaron de la más alta línea de funcionarios públicos a la dirigencia partidista, con el apoyo de su jefe inmediato, el presidente de la República.² Gustavo Madero (el dirigente en el último tramo sexenal, a partir de 2011) tuvo una trayectoria diferente, de

² Martínez había sido Secretario de la Función Pública, mientras Nava fungía como secretario particular del Presidente de la República.

legislador federal, pero no por ello dejó de ser afín a los intereses del titular del gobierno federal.

Martínez y Nava conformaron una dirigencia común. Sus principales estrategias fueron, por un lado, tratar de dar la pelea contra la oposición en los medios de comunicación. El primero sorprendió con un discurso político simplificador de confrontación política, muy en deuda del antiguo neopanismo electoral. Es probable que el complejo escenario de fuerzas a partir de 2006, con un perredismo competitivo, fuera justamente la razón del comportamiento de Martínez Cázares y de Nava. Sus planteamientos, sin embargo, contrastaban con los de los principales dirigentes del PRD o del PRI. Decir “sus verdades” a gritos a la oposición no fue una estrategia que abonara en beneficio de la causa panista. Más bien lo convirtió en un blanco fácil para sus adversarios.

Si bien en los procesos de renovación de dirigentes todos los aspirantes panistas plantearon más o menos el mismo diagnóstico interno, ni Martínez ni Nava hicieron grandes esfuerzos para superar los problemas: falta de estructura nacional, militancia exigua, escaso trabajo de adoctrinamiento y de capacitación política de viejos y nuevos cuadros, predominio de intereses personales sobre los de la organización, ausencia de una estrategia de comunicación eficaz y oportuna en todos los ámbitos de acción política de la organización.³

La coalición dominante calderonista formuló con convicción y defendió con vehemencia un procedimiento cerrado para la selección de candidatos. En los comicios federales intermedios de 2009 decidió usar el método de excepción (la designación) como principal recurso para la postulación de candidatos a diputados federales. Si de suyo la dirigencia panista provenía de un proceso con participación indirecta de los militantes, luego esa misma dirigencia designó por sí sola a más de la mitad de los 500 candidatos a legisladores. Eso no era raro, habida cuenta de que los aspirantes a un cargo de representación proporcional sumaban 200. Pero lo que sí fue extraordinario fue la designación de 190 candidatos en distritos

³ Los diagnósticos más recientes se encuentran en las propuestas de los candidatos a la presidencia en marzo de 2011. La propuesta de la comisión de reflexión se puede consultar en: *La nación*, México, revista del PAN, Núm. 2329, octubre de 2009, p. 12.

de mayoría.⁴ En vez de incluir a todos los cuadros, de reconocer las trayectorias de los panistas en sus estados, la dirigencia optó por dar espacio a personalidades supuestamente con más posibilidades de ganar, fuese por su imagen, sus recursos económicos, sus relaciones políticas o su pasado como militante del PRI o del PRD. Lo importante era atraer el voto de la mayoría.

Tal comportamiento de la dirigencia nacional, reitero, no era nuevo, pero fue más notorio en esa coyuntura, cuando el partido se jugaba la posibilidad de sumar más legisladores para la causa del presidente de la República. También la estrategia parecía a todas luces contradictoria: si el partido requería de una estructura más sólida, no se podía ignorar el trabajo de activistas y líderes locales eliminándolos de las candidaturas e imponiéndoles candidatos distantes de la militancia. Aparte de no ser candidatos, los líderes locales se vieron obligados a aceptar a los enviados del CEN y después a sostener sus campañas.⁵

En el plano local, con motivo de elecciones de gobernador, de presidentes municipales o diputados locales, esta estrategia se reprodujo en no pocas entidades. La dirigencia nacional designó a candidatos en todos los niveles, con el objetivo de elegir a “los mejores” para derrotar a sus contrincantes.

Por lo que se puede apreciar y porque Calderón era simpatizante de esa estrategia desde su época de presidente nacional del CEN, las dirigencias de Martínez y de Nava merecieron el visto bueno en la formulación e instrumentación de esta estrategia. No nos es posible decir hasta qué punto Calderón intervino y decidió candidaturas (no hay datos fehacientes al respecto). Sin embargo, al menos la estrategia electoral y el mecanismo de postulación fueron avalados por el titular del Ejecutivo en todo momento.

La autoridad presidencial no puede medirse de la misma manera que la de la época de hegemonía priísta. Antaño los vínculos con el presidente

⁴Los candidatos electos por el CEN aparecen en *La nación*, México, PAN, Núm. 2320, marzo-abril de 2009, p. 21-22 y en *La nación*, México, PAN, núm. 2321, mayo de 2009, p. 17-18.

⁵ Así ocurrió en varias ocasiones, y fue más notorio en los comicios de gobernador de 2010, como por ejemplo en Sinaloa, Hidalgo y Durango.

desde la infancia, la formación profesional o el desempeño en el gobierno eran elementos a considerar para una segura postulación a algún cargo de elección popular. Asimismo la búsqueda del respaldo presidencial por parte de los aspirantes priístas (incluso desde lo local) era directa o mediante representantes de su corriente política. También había momentos que se aprovechaban para emitir señales y conceder el apoyo, como parte de usos y costumbres de una élite política cohesionada, disciplina y acostumbrada a un agudo verticalismo de muchos años. Ninguno de estos rasgos se replicó en los sexenios de gobierno de Acción Nacional.

Lo cierto es que el presidente vio positivamente el comportamiento de la dirigencia nacional panista. Incluso en sus equivocaciones y fracasos, nada hizo para reestructurarla. Los tiempos formales de las dirigencias se respetaron (a pesar de que años antes los mismos calderonistas habían tratado de modificarlos para desplazar a Espino). La decisión de Martínez Cázares de renunciar debido al retroceso electoral del 2009 sorprendió a muchos, pero para el ex líder era natural: como él había apostado por una estrategia ineficaz y por candidatos en su mayoría derrotados, merecía ser castigado. El personalismo y ensimismamiento que vivía la dirigencia nacional salió a relucir en esta decisión del jefe nacional panista.

Hubo voces discordantes de la decisión de Martínez, quienes pugnaban porque el líder enfrentara las críticas y se hiciera cargo de los daños por el 2009 electoral. Manuel Espino fue reiterativo en sus cuestionamientos. Santiago Creel, legislador y ex candidato presidencial, criticó las decisiones cupulares, mientras el senador Javier Corral Jurado puso en debate la influencia del presidente y de gobernantes en la vida interna de la organización.

Sin embargo, la coalición dominante no se reestructuró con la salida de Germán Martínez. Su sucesor, César Nava, era un conspicuo representante del calderonismo y siguió la misma línea política. Los cuestionamientos fueron incrementándose tanto por la derrota, la salida de Martínez y el ascenso de Nava. Ante esto, el nuevo líder conminó a todos los panistas a hacer una "reflexión" sobre la situación de partido, creando una comisión con dicho cometido. Hubo participación de todas las corrientes, pero sus resultados no fueron palpables ni inmediatos.

La coalición dominante vivió un momento difícil cuando el periodo interino de Nava llegó a su fin. A diferencia de procesos anteriores, hubo cinco candidatos representativos de los grupos de mayor peso; o por lo menos de quienes deseaban incrementar su influencia o integrarse a la coalición. De ellos destacaron dos: el excoordinador parlamentario, Gustavo Madero, y Roberto Gil Zuarth, ex subsecretario de Gobernación y, a la sazón, secretario particular del presidente Calderón.

El presidente no intervino directamente en el proceso, pero dejó libre a su equipo para influir a favor de uno u otro. El caso más claro fue a favor de un personaje muy parecido a los dos presidentes nacionales previos: Roberto Gil era un joven profesionista de escasa militancia y con discurso ágil, cuyo principal activo era su paso por el gobierno del presidente Calderón. Ni siquiera había formado parte de la estructura panista, lo que fue cuestionado por una de las candidatas y llegó incluso al máximo tribunal electoral. Gil no había sido consejero nacional ni contaba con una antigüedad larga en la organización. Como la normatividad panista no era explícita en relación con estos requisitos, para el tribunal no había cabida para interpretaciones, por lo que Gil tenía derecho a ser votado en el proceso interno.⁶

Haciendo caso omiso de su débil formación y militancia, Gil se lanzó en pos del cargo con el supuesto de que bastaba el apoyo del presidente y de los consejeros panistas con vínculos con su gobierno para ganar. No fue así debido a los sistemáticos cuestionamientos y denuncias del resto de los contendientes, quienes establecieron una alianza tácita para debilitarlo.

Madero ganó y de inmediato definió una línea funcional al presidente de la República.⁷ Tal vez para Calderón hubiera sido mejor Gil, pero Madero no representaba un opositor; nunca lo había sido. Más sensible a las críticas hacia la línea de la dirigencia, el nuevo líder integró a los disidentes, dio poco espacio a Gil y se aprestó para expulsar a Espino (proceso que duraría varios meses más), quien jugaba su propio juego cuestionando a la

⁶ La candidatura de Gil fue impugnada por Judith Díaz Salgado, otra de las aspirantes, ante el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación. *La Jornada*, 19 de noviembre de 2010.

⁷ Madero ganó la primera ronda de las votaciones en el Consejo Nacional por siete votos de diferencia respecto de Gil. Luego de un intento de negociación, todos los aspirantes declinaron de participar en la segunda ronda. Pero luego Gil se inconformó debido a que sus seguidores no fueron integrados al CEN, como había acordado con Madero. *El universal*, 5 de diciembre de 2010.

dirigencia nacional y a varias dirigencias locales de la mayor relevancia (entre ellas a la del Estado de México).

Los disidentes panistas no eran cabezas de corrientes políticas de relevancia. Su falta de equipo se expresó en momentos claves de la vida del partido. Lo contrario aparecía con los hombres del presidente. Asimismo debe considerarse que los incentivos de cargos en el gobierno o en la estructura partidista alimentaban sobremanera al calderonismo. Santiago Creel, Javier Corral o Manuel Espino no podían ofrecer a sus seguidores más que banderas, propuestas, incentivos generales y etéreos; pero el poder se hallaba en manos de los otros liderazgos.

La coalición dominante panista no vivió un conflicto de importancia en su renovación final en el sexenio 2006-2012, manteniendo la unidad y la cohesión necesarias para enfrentar el proceso de sucesión presidencial y la postulación de un candidato competitivo de cara a las elecciones constitucionales. Los problemas vendrían en la campaña y con la derrota.

La competencia por la candidatura presidencial

A diferencia de sus adversarios, que postularon candidato mediante acuerdos entre las corrientes políticas más relevantes, el panismo llevó a cabo elecciones internas para hacerlo. Aunque cinco trataron de registrarse para la contienda interna, solamente tres fueron aprobados: Ernesto Cordero, Josefina Vázquez Mota y Santiago Creel. Javier Livas y Luis Miranda, militantes de Nuevo León y Puebla (respectivamente) con trayectorias intermitentes y distanciadas siempre de las dirigencias nacionales, también buscaron su registro, pero les fue negado por no cubrir los requisitos correspondientes.⁸

El presidente Calderón aglutinó a un conjunto de cuadros panistas con relativamente corta trayectoria en el partido. Jóvenes bien preparados profesionalmente, con un discurso ágil y retórico, de pensamiento de derecha pero moderado, con experiencia laboral en los gobiernos panistas y, sobre todo, con una lealtad a toda prueba ante el presidente. De este grupo surgieron los funcionarios públicos más importantes. De entre ellos

⁸ Sobre los casos de Paredes y Livas, consultar la resolución final en *Reforma*, 1 de enero de 2012, p. A7.

surgió Ernesto Cordero, Secretario de Hacienda, como uno de los aspirantes más fuertes a la candidatura presidencial. Cordero debía su calidad de secretario al presidente, no contaba con trayectoria en el partido ni se destacaba como militante político con apoyos de las bases militantes panistas. Sin embargo, era un funcionario eficiente, joven y profesionalmente bien formado.

El grupo de Calderón no representaba a todos los liderazgos. Por ello surgieron los otros dos aspirantes, Vázquez Mota y Creel Miranda. Ambos tenían en común su escasa presencia en el partido. En efecto, su militancia había sido nula antes de que la organización les abriera la puerta. Creel comenzó siendo candidato externo a una diputación federal. Luego, en el año 2000 apoyó a Vicente Fox y la dirigencia nacional (pasando por encima de corrientes y liderazgos panistas capitalinos) lo lanzó como candidato a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal. Perdida esta elección, Fox lo integró a su gabinete ni más ni menos que como Secretario de Gobernación. Desde ahí Creel se dispuso a postularse como candidato presidencial, pero Felipe Calderón lo derrotó en el proceso interno de 2006. Durante el sexenio 2006-2012, Creel se mantuvo distanciado de la dirigencia nacional y del equipo del presidente, con una postura crítica sobre las relaciones entre el partido y el gobierno.

Vázquez Mota tampoco fue un cuadro genuinamente panista. Ingresó al gabinete presidencial con Fox, que le dio la enorme responsabilidad de ser Secretaria de Desarrollo Social. Luego apoyó a Calderón, siendo la coordinadora de su campaña presidencial. Ese trabajo le valió ser designada como secretaria de Educación Pública. Pero no duraría mucho, debido principalmente a sus diferencias con el presidente y a la presión del sindicato magisterial. Josefina fue desplazada de la SEP, pero “cayó para arriba”: la dirigencia nacional del partido la designó coordinadora del grupo parlamentario panista en el periodo 2009-2012. De ahí saldría para participar en el proceso interno (De Mauleón, 2012).⁹

El panismo se propuso hacer, como en el 2006 o en el 2000, una elección primaria para postular candidato presidencial. A diferencia de la anterior, cuando hubo tres etapas con sus respectivas jornadas de votación,

⁹ Datos relevantes pueden revisarse en varias fuentes hemerográficas y en la propia página de los precandidatos.

en esta se dispuso que hubiera una sola jornada con posibilidad de segunda vuelta (Alarcón y Freidenberg, 2007). El derecho al voto se reservó para los militantes, tanto activos como adherentes (que juntos sumaron alrededor de un millón 800 mil votantes).

Las precampañas fluyeron en la estructura panista de diversas entidades del país. Cada uno por su lado, los aspirantes se reunieron con militantes organizados por dirigentes del partido, gobernadores, senadores, diputados o presidentes municipales. Los consejeros nacionales también tuvieron algo que ver, y sobre todo quienes contaron con recursos económicos para organizar asambleas o mítines para que los precandidatos emitieran sus puntos de vista.

Cordero fue apoyado por secretarios de estado, varios gobernadores y consejeros nacionales y locales que formaban parte de los gobiernos federal o locales respectivos. La alta burocracia confirmaba su lealtad al presidente al apoyar a quien se veía con mayor cercanía.¹⁰ Los apoyos de Creel no eran funcionarios públicos; se trataba más bien de legisladores, dirigentes locales y algunos consejeros sin la fuerza necesaria para hacerle un aspirante competitivo.¹¹ Aun cuando desde el comienzo de la precampaña, Vázquez Mota puso en relieve su condición de mujer, su discurso carecía de posiciones de corte esencialmente feminista. Ni siquiera manejó las que el propio PAN había formulado desde tiempo atrás. De hecho ahí es donde su falta de formación doctrinaria se evidenciaba. Pese a ello, Vázquez Mota atrajo a cuadros dirigentes importantes, entre los que se encontraban algunos de la estructura nacional y de las estatales.¹²

¹⁰ Los apoyos al momento de registrarse como precandidato fueron: "... los titulares de Hacienda, José Antonio Meade; de Comunicaciones, Dionisio Pérez Jácome; de la Reforma Agraria, Abelardo Escobar, y de Salud, Salomón Chertorivski ... También asistieron los directores de la Lotería Nacional, Benjamín González Roaro, de la Conagua José Luis Luege, y del IMSS, Daniel Karam, además de los Gobernadores de Sonora, Guillermo Padrés, de Guanajuato, Juan Manuel Oliva y de Baja California Sur, Marco Covarrubias. Rogelio Carbajal, Juan Ignacio Zavala, César Nava, Mariana Gómez del Campo, Max Cortázar, Javier Lozano y el senador Alejandro Zapata". *Reforma*, 16 de diciembre de 2011, p. A6.

¹¹ Entre los que le brindaron su ayuda se encuentran: Julio Castillo, Lorenzo Gómez Morín, Adolfo Christlieb Morales, los senadores Humberto Aguilar, Federico Döring, Eduardo Nava, Ernesto Saro, Sergio Álvarez Mata, Felipe González, Marko Cortés, y Ramón Galindo, los diputados federales Agustín Castilla, Giovanni Gutiérrez, Carlos Pizano y Jorge Palacios. También Ignacio Loyola, Manuel Clouthier, Humberto Aguilar Coronado y Mauricio Fernández. *Reforma*, 15 de diciembre de 2011, p. A6.

¹² Comparativos sobre las propuestas de los precandidatos se encuentran en la revista del PAN, *Bien común*, números 204-205 y 206.

El proceso interno se desarrolló el día 5 de febrero. Asistieron a los mil 689 centros de votación un total de 547 mil 40 panistas (entre activos y adherentes). De ellos, el 53.2 % (291 mil 45 votos) favoreció a Josefina Vázquez Mota. Ernesto Cordero quedó en segundo lugar con el 39.4% (215 mil 652 votos) y Santiago Creel en tercero con el 6% (32 mil 800). Vázquez Mota aventajó en 25 entidades, mientras que Cordero se llevó los siete restantes. Creel fue superado en todos.

Contra la mayoría de los pronósticos, el precandidato del presidente perdió en la primera vuelta por amplio margen. Vázquez Mota se convirtió en la primera candidata presidencial del partido (y de la historia de nuestro país). Su apabullante triunfo hizo innecesaria la segunda vuelta. Creel reconoció de inmediato el resultado y Cordero tuvo que hacer lo propio. Ambos fueron integrados al equipo de campaña, con el fin de limar las asperezas de la contienda interna (que no habían sido pocas en realidad).

El presidente Calderón no pudo imponer a su candidato. Le sucedió lo mismo que a Vicente Fox en el 2006, pues en ese entonces el aspirante más cercano al presidente era Santiago Creel y fue derrotado por el propio Calderón. Es importante destacar este fenómeno, pues refleja que la disputa interna fue real, sin que la línea presidencial determinara el resultado. El proceso panista posibilitó la competencia, la expresión de propuestas diversas, la búsqueda de apoyos y la emisión de sufragios de manera democrática. Más allá de los problemas normales en un proceso de este tipo, las elecciones internas del PAN fueron un ejercicio democrático que no ocurrió en los otros partidos.

Sin embargo, la convicción democrática panista no se expresó en la postulación de la mayoría de los candidatos a cargos de elección popular. Ignorando los errores del 2009, la dirigencia nacional de nuevo centralizó la postulación, dejando de lado liderazgos locales importantes, tolerando prácticas fraudulentas en diversos procesos y favoreciendo a aquellos que tenían mayor cercanía con la dirigencia nacional, con algunos gobernadores y con el presidente de la República (Reveles, 2011). Numerosos casos llegaron hasta los tribunales electorales, generando conflictos y, lo que es peor, escisiones. Así ocurrió en DF, Nuevo León, Veracruz y Chihuahua (por

mencionar los más llamativos).¹³ La dirigencia nacional no varió su posición en la mayoría de los casos, salvo cuando implicaron un alto costo de imagen en los medios.

Los panistas en campaña

El equipo de campaña de Vázquez Mota se nutrió de todas las corrientes del partido, destacando Roberto Gil, cercano al presidente y quien anteriormente había intentado ganar la presidencia del CEN. Gil coordinó al equipo de campaña, sin militancia fuerte en la organización y sin experiencia previa en este tipo de tareas. El comité de campaña sufrió varios cambios a lo largo del periodo proselitista. Además de Gil, dos figuras tuvieron mayor responsabilidad: Juan Manuel Oliva, quien dejó la gubernatura de Guanajuato para acompañar a Josefina, y Juan Molinar Horcasitas, quien había sido director del IMSS y Secretario de Comunicaciones y Transportes. Aunque su integración al equipo se manejó como parte del reforzamiento de la campaña, en realidad no tuvo los efectos esperados. Incluso en el caso de Molinar resultó contraproducente: en la segunda mitad de la campaña, el ex secretario tuvo que suspender su activismo, pues fue acusado por el Movimiento por la Paz con justicia y dignidad como responsable impune del incendio de la guardería ABC en Sonora (en el cual murieron decenas de niños). Oliva, por su parte, parecía no tener certeza del contexto de la competencia nacional al declarar que la expectativa de triunfo se sustentaba en un plan que daría al partido alrededor de 22 millones de votos (cifra a todas luces distante de las posibilidades reales del partido, considerando las tendencias de elecciones anteriores y las encuestas de preferencia electoral).¹⁴

La campaña panista se vería en aprietos a partir del primer debate entre los candidatos presidenciales. Si bien el desempeño de Vázquez Mota fue positivo, las críticas del abanderado priísta Enrique Peña Nieto menguaron su perfil. Y el candidato del Movimiento Progresista (alianza de PRD, PT y Movimiento Ciudadano), Andrés Manuel López Obrador, fue bien calificado por la opinión pública, con la consecuente afectación para la

¹³ Fenómenos comunes se suscitaron en todos los casos: restricciones para el registro de candidatos; uso de prácticas ilegales para influir en el voto de los militantes y apoyos discrecionales de los gobernantes a favor de algún aspirante.

carrera panista. Desde ese momento los mensajes proselitistas de Acción Nacional tomaron en cuenta al perredista, calificándolo también como representante del pasado autoritario, con sesgo populista.

Para entonces, las diferencias entre los grupos panistas eran evidentes. El presidente Calderón, de acuerdo con la opinión de algunos panistas, no dio apoyo total a la candidata, por lo que sus cuadros y simpatizantes no hicieron el trabajo suficiente para respaldarla.

Es cierto que varias acciones del presidente tenían como fin favorecer a la opción panista. Fue el caso de la reivindicación de los logros de su gestión en todo momento, el mensaje especial que emitió poco antes de iniciar la veda de propaganda pública, los cuestionamientos al líder nacional del PRI por el enorme endeudamiento que promovió como gobernador de Coahuila (cuestionamiento que provocó su renuncia a la presidencia del CEN), la denuncia y persecución (al menos mediática) de exgobernadores priístas presuntamente vinculados con el narcotráfico, y las referencias indirectas pero críticas a los gobiernos priístas del pasado y a su abanderado presidencial.

Hubo un solo acontecimiento en el cual el presidente intervino directamente en el proceso, cuando durante una reunión privada con empresarios dijo que Vázquez Mota estaba a punto de empatar con Peña Nieto en las preferencias electorales. Ello estaba en contra de casi todas las encuestas, que apuntaban un amplio margen a favor del candidato priísta.¹⁵

La reivindicación genérica de los logros de gobierno no fue suficiente para impulsar a la postulante panista. Por otro lado, el presidente no lanzó señales claras para sus seguidores en el sentido de otorgarle todo el apoyo.

¹⁴ Al principio el equipo de campaña se integró también por los legisladores María Serrano, Julio César Castellanos, Mariela Pérez de Tejada y Gloria Luna Ruiz, quienes se encargaron de las coordinaciones adjuntas de diputados locales, de presidentes municipales y de vinculación con la sociedad. El senador Guillermo Anaya fungió como coordinador de la estructura electoral de la campaña, el ex gobernador de Aguascalientes, Felipe González, como responsable de foros y Juan Marcos Gutiérrez fue designado como encargado de difusión. *La jornada*, 29 de marzo de 2012, p. 13. Conforme fue avanzando la campaña, fueron más influyentes personajes como Daniel Hernández; Alberto Esquer, responsable de giras y logística; Julio Di Bella, encargado de la imagen de la aspirante; Herminio Rebollo, coordinador de prensa; Agustín Torres, de redes sociales y el diputado Carlos Alberto Pérez Cuevas. *La jornada*, 7 de abril de 2012, p. 9.

¹⁵ *La jornada*, 24 de febrero de 2012, p. 2.

Y la candidata no hizo mayores acercamientos con la corriente del presidente.

Una de los hechos que afectaron la dinámica de la campaña fue el pronunciamiento del ex presidente de la República, Vicente Fox, en apoyo a Enrique Peña Nieto. Desde febrero el guanajuatense se dijo estar dispuesto a dar su voto por quien ofreciera la mejor propuesta para erradicar la violencia. Poco después su apoyo al abanderado fue público y notorio. El panismo en general descalificó la postura de Fox, explicándola por su distanciamiento para con el partido y con el propio Calderón, así como por su contacto con los priístas en campaña, algunos de los cuales habían sido formados en el Centro Fox (instancia de asesoría política y formación de cuadros creada después del 2006).¹⁶

La selección de candidatos a diputados federales, senadores, gobernadores, diputados locales, presidentes municipales y (en el DF) a Jefe de Gobierno, diputados locales y jefes delegacionales, dejó conflictos abiertos (o profundizó algunos que ya tenían más larga data) que se evidenciaron en la campaña de la candidata presidencial. En varias ocasiones los liderazgos de talla nacional no la acompañaron en sus actos proselitistas. De acuerdo con el testimonio del propio Gil (que no dio nombres pero sí aceptó la existencia del hecho), algunos porque no recibieron las candidaturas o los espacios de poder que habían solicitado a cambio de dar su apoyo a Vázquez Mota. La dirigencia nacional tampoco concedió respaldo total a la campaña, ni siquiera en momentos cruciales como los cierres de campaña locales.¹⁷ Por las características de la contienda, era indispensable una mayor cohesión y lealtad entre los grupos internos para hacer una campaña competitiva, debido a que el abanderado del PRI siempre tuvo una gran ventaja en las encuestas.

En el ámbito local hubo varias escisiones que impactaron negativamente en el resultado electoral. La más sonada ocurrió cuando

¹⁶*Reforma*, 23 de febrero de 2012, p. A6. Rubén Aguilar, ex vocero de Fox cuando era presidente de la República, declaró en entrevista: “Me parece un error estratégico del gobierno de Calderón haberse distanciado de Fox. Hoy sería distinto este gobierno si Calderón se hubiera aliado a Fox y hubiera aprovechado la ventaja... pienso que ese error lo está pagando Calderón; no lo está pagando Josefina, Calderón es un constructor de la posible derrota del PAN”. *Reforma*, 27 de abril de 2012, p. A10.

¹⁷ Eso lo destacó Santiago Creel en *El Universal*, 5 de julio de 2012, p. A8. En entrevista radiofónica, algo parecido señaló Xóchitl Gálvez, ex funcionaria de gobierno con Vicente Fox, ex candidata a la gubernatura de Hidalgo y candidata a senadora por el mismo estado en los comicios en curso.

algunos panistas de la capital del país se integraron al equipo de campaña del candidato presidencial priísta, encabezados por el ex presidente nacional del partido, Manuel Espino (quien había sido expulsado del partido por la corriente calderonista). Sin que fuera una grave escisión para el partido, el acuerdo con el PRI afectó la imagen del panismo en campaña.

La campaña terminó con un evento cerrado. La Plaza México fue de nuevo el escenario, entonces sí, ocupado totalmente por aproximadamente 40 mil simpatizantes. Llama la atención que el panismo no se hubiera decidido por hacer un evento abierto en el zócalo capitalino, probablemente temeroso de que no pudiera llenar un lugar emblemático para el perredismo gobernante del DF desde 1997. Los exitosos cierres de Monterrey y Veracruz no fueron considerados por los estrategas panistas como buenas señales de un nutrido apoyo para su candidata, desconfiando tanto de su atractivo popular como de su logística para organizar movilizaciones de tal magnitud. Partido de cuadros al fin.